

Usos de la disidencia

— Angel Rama —

EL discurso disidente, como cualquier otro, es pasible de múltiples usos, los cuales derivan de su procesamiento ideológico y de su asimilación a otros discursos ideológicos. El uso más frecuente en los países occidentales ha sido su contribución al anti-comunismo, al anti-marxismo y, en los casos extremos, al antirracionalismo. Pero allí no agota su fuerza y su capacidad impregnadora, dado que también ha servido para acentuar las tendencias autonómicas del marxismo occidental que ha tomado distancias respecto a los regímenes del bloque soviético, ha reexaminado sus fuentes doctrinales prescindiendo de múltiples aportes, incluso leninistas, y ha desarrollado las llamadas vías nacionales, tanto con nuevos exámenes teóricos como con recuperación de figuras marginadas del pasado. En este mismo plano político, ha revitalizado corrientes agostadas (anarquismo, trotskismo) y sobre todo contribuido a robustecer las nuevas vías de crítica de la sociedad que se han desarrollado en las dos últimas décadas, habiendo tenido su foco en los países de más alto desarrollo industrial (Estados Unidos, Europa) como es el caso del feminismo (el "women lib") en su nueva versión o, sobre todo, el muy importante movimiento ecologista que ya ha alcanzado las estructuras de un partido.

Pero más importante aún que esas manifestaciones, es la contribución que ha prestado a la investigación sobre el poder que está en curso francamente desde el 68, que no sólo ha desmenuzado las formas del poder político, económico, militar, sino asimismo los modos insidiosos en que ese poder se conserva y perpetua bajo los cambios externos más aparatosos, un poco a imagen de esos servicios policiales que sobreviven a todos los avatares políticos o ese sacrosanto principio que explicaba Lampedusa en *El gopardo* de cambiar todo para que todo siga igual. El análisis del poder no se ha limitado a sus visibles centros sino que ha hurgado en sus manifestaciones dentro del cuerpo social: la situación de la mujer, la represión de la infancia, la regimentación de los jóvenes, el acoso a las minorías a las que se niega de diversas maneras sus derechos, etc. Quizás sea el ecologismo (el partido verde) el que mejor represente esta lucha contra el poder, en la medida en que (a pesar de tendencias como las representadas por Bahro y por Gors) no ha querido asumir los discursos políticos previos y ha procurado una convergencia de opiniones en torno a un programa de reivindicaciones con amplia coparticipación democrática.

Quien mejor ha ilustrado contemporáneamente este discurso contra el poder que no quiere caer en la trampa de restablecer un poder alternativo, ha sido, obviamente, Michel Foucault, sobre todo en su



último período marcado por obras como *Vigilar y castigar* (1975) y *La voluntad de saber* (1976) que ha iniciado una obra monumental sobre el vínculo de la sexualidad con la búsqueda de la verdad en las sociedades modernas. Respondiendo a un cuestionario, decía recientemente: "El papel de la teoría me parece que hoy es precisamente éste: no formular la sistematicidad global que coloca cada cosa en su lugar, sino analizar la especificidad de los mecanismos de poder, reparar en los enlaces, las extensiones, edificar progresivamente un saber estratégico". Y en otra parte, considerando el Gulag, daba un ejemplo de este rigor del análisis: "En suma, hay que hacer valer la especificidad de la cuestión Gulag toda conversión teórica (que hace de ella un error legible a partir de unos textos); contra toda conversión historicista (que hace de ella un efecto de coyuntura, aislable a partir de sus causas); contra toda disociación utópica (que la colocaría como el "seudosocialismo" en oposición al socialismo "en sí"); contra toda disolución universalizante en la forma general del encierro" (1).

Para llegar a este punto ha sido necesario un largo proceso de la vida intelectual en Occidente. El libro de Suvarin sobre Stalin es contemporáneo de los procesos de Moscú (1936) y al recibirlo, en Gallimard, André Malraux pudo decirle: "Sin duda usted tiene razón, Suvarin, y yo estaré de su lado cuando usted sea el más fuerte". El episodio lo ha evocado Susan Sontag (explicándolo por la bipolaridad anti-

disidencia

fascista de la época que se negó a "ver" los crímenes stalinistas que eran denunciados por múltiples intelectuales a quienes se cubrió de injurias) para ilustrar un doble comportamiento, en el que dice haber incurrido, de "ser implacable para las situaciones oficialmente descritas como fascistas y muy indulgente para las que se proclaman socialistas o comunistas" (2), lo que a su vez se complicó porque durante un largo período los movimientos revolucionarios que apoyó intentaron desarrollar vías separadas del llamado "socialismo real": "En Cuba, en Hanoi, en China, todo el mundo rechazaba el modelo soviético: en Hanoi oí a gentes importantes decir que los rusos eran tan horribles como los norteamericanos".

Por tratarse Sontag de una intelectual representativa de los años sesenta y del pensamiento radical norteamericano, su posición ante la disidencia es significativa. Aunque no reconoce que traiga un mensaje adaptable a los problemas de Occidente, confiesa que el famoso libro de Nadéjda Mandelstam, **Contra toda esperanza** tuvo un poderoso efecto sobre sus ideas, más que nada en el sentimiento de una desconfianza para los planteos totales, que entiende conducen justamente a los "totalitario": "Es necesario rebuscarse al mito del hombre nuevo". Todos los regímenes fascistas han apelado a la idea de una transformación total del hombre". Esto no le lleva a abandonar a Marx ("nos ha dado ciertas claves, ciertos medios de análisis, que no hay por qué rechazar") que le sirve para analizar la sociedad del consumo que considera perniciosa y amoral, pero le conduce a un examen parcial de los defectos de Occidente y a una lucha para enmendarlos: "Nuestra disidencia consistiría en desarrollar luchas muy precisas y muy concretas sobre los verdaderos problemas de nuestra sociedad". De hecho es la línea tendencial del ecologismo, cuya eficacia parece palmarla en los países desarrollados pero cuya aplicabilidad a la problemática del tercer mundo se ha mostrado bien escasa. Nuevamente se percibe que el debate sobre la disidencia tiende a consolidar la bipolaridad de los bloques, sin alcanzar una posición activa en las muy variadas regiones que componen el tercer mundo, pues si en aquellas donde se ha alcanzado un nivel suficientemente complejo de la estructura social ha reforzado las tesis gramscianas en detrimento de las leninistas acerca de la composición del poder, en las que aún no conocen ese nivel suena como extemporánea, estrictamente fuera del tiempo en el que se encuentran estas sociedades.

1. Michel Foucault. **Un diálogo sobre el poder**, Madrid. Alianza Editorial, 1981.

2. Susan Sontag. **Vu des USA**. Tel Quel 76, Paris, été 1978 ★